

Economía

¿Cabe una Economía Cristiana?

Esta es la pregunta, que, aunque situados en diverso plano, se hacen Economistas y negociantes; pregunta a la que se contesta de ordinario negativamente en los Centros Universitarios.

La razón que para tan rotunda negativa se aduce no es de hoy. En su forma actual procede de los comienzos de la Escuela económica llamada **matemática**.

La Economía, viene a decir Pareto su fundador, es una ciencia pura. En el terreno de la ciencia no cabe pues ni cristianismo ni anticristianismo, sino razonamientos y conclusiones.

La tendencia anotada se diversifica actualmente en dos clases de economistas.

Los primeros son los abiertamente enemigos de la moral en todos los órdenes de la vida, y por consiguiente con mayor razón, en el económico en donde surge la argumentación arriba dicha, extremada con toda la fuerza del kantismo, para poner en tela de juicio la existencia de la moral económica.

Queda entre los economistas otro grupo, más amplio pero no menos tajante en su razonamiento que el anterior. Es el de los que sin profesar principios de ateísmo y de negación de moral, entienden que del mismo modo que las matemáticas vuelan por encima del campo de la moral, también pueden volar por idénticas alturas las normas económicas sin tropezar jamás con el orden moral. Entre los modernos puede citarse a Strigl como cabeza de grupo.

Conviene antes de pasar adelante, hacer una observación: La variación metodológica de la Economía sucedida a fines del pasado siglo, induce a argumentar así. Advino por entonces la escuela llamada matemática de Pareto y Marshall, y con ella entró la Economía en rumbos aparatosamente científicos. Los razonamientos clásicos de sus fundadores como Smith y Say no siguieron los caminos abstrusos de la moderna direcciónma-

temática, ni menos aun anduvieron por ellos los anteriores mercantilistas reposados evaluadores del dinero y de las mercancías de exportación.

Aún en tiempos bien modernos, la dirección historicista de Schmoller o la austera de Adolfo Wagner y de sus discípulos no marcó un rumbo como el que señala la intervención matemática, apoderada hoy de la Economía. Por lo mismo el problema no se apoyó en los argumentos en que hoy se basa.

—¿Y cómo, preguntará el lector, si no cabe una economía cristiana, cabe una economía marxista y anticristiana? Si se llaman así, los sistemas de Lepidi y Ostrokowski por ejemplo, ¿por qué no han de llamarse **al contrario** economías cristianas las que se basan en principios auténticamente cristianos?

Conviene salir al paso de esta objeción que puede inquietar al lector.

Se explica claramente esta diversidad con sólo considerar la diversa manera de conducirse en el orden técnico-económico el marxismo y la Iglesia. El marxista que quiere colorear la Economía con sus doctrinas, no tiene más que introducir en ella sus principios del valor, del origen de la propiedad o de materialismo absoluto; y con ello torna la Economía marxista como la hubiera podido tornar ricardiana o individualista, si la hubiera entintado con los principios de David Ricardo o de la Revolución Francesa.

El cristianismo empero, ni obra ni puede obrar así. Cuando se trata de cuestiones de orden puramente técnico-económico —valor o precios por ejemplo— el cristianismo ni propone sistema, ni tiene porqué proponerlos, porque su doctrina no tiene por qué intervenir directamente, sino a lo más, únicamente se mantiene en vela por si en las doctrinas económicas entran principios de orden moral que contradicen a los eternos de la razón, o a

los de las fuentes reveladas. Pero nunca pone —como el socialismo, por volver al ejemplo antiguo— principios propios de orden técnico. Ni los posee ni quiere poseerlos.

La diferencia por consiguiente salta a la vista. Lo cual no obsta para que una economía socialista mantenedora de los principios de Marx sea esencialmente anticristiana. Pero es porque en sus fundamentos está el materialismo histórico absoluto, y porque del conjunto de sus valores queda eximida y desterrada toda idea de espiritualidad y de justicia cristiana. Lo cual basta y sobra para des-cristianizar tal Economía.

Obviada esta dificultad, volvamos el problema a su cauce.

Las conclusiones que de la moralidad económica brotan, afectan fuertemente a muchos hombres de negocios, que apoyándose en ellas, deducen por cuenta propia que en el mundo de los negocios, la Moral no tiene asiento propio, y que por consiguiente, tanto importa la división de la vida privada y pública, como la idea de que siendo "el negocio negocio" según frase corriente— el vigor de la moral queda en él totalmente inoperante.

Pero ni las premisas ni las conclusiones así establecidas son ciertas. Porque en la práctica se ha de hablar, y no puede menos de hablarse, de una economía cristiana; y más aún, de negocios cristianos o anticristianos.

La Economía puramente matemática del día, razonadora en la esfera del puro cálculo, mientras en ella permanezca, puede no ser ni cristiana ni anticristiana. Ni las curvas de oferta y de demanda, ni las estadísticas en sus manifestaciones formularias, ni los gráficos determinados chocan con la moral. Esto es ciertísimo.

Pero también lo es, que la Economía no es puramente teórica, sino a lo más en la clase y en el tablero, pero nunca en la práctica humana a la que la ciencia se endereza, y en la que necesariamente termina. Mal se podría hablar de una ciencia tan necesaria si no nos diera conclusiones y medios prácticos para la resolución de los horribles problemas que agobian al mundo. ¿De qué nos valdría la ciencia económica si sus hombres y profesores no pudieran arreglar los desastres de los sistemas monetarios, las agobiantes subidas de precios, el pavoroso problema del paro, y tantos otros como nos oprimen y asfixian en la vida? ¿Para qué valdrían los economistas incapaces de mantener una subida continúa del nivel de vida, mostran-

do al mundo en sus elucubraciones el camino para ello? La Economía teórica sería una ciencia, pero sus principios y conclusiones no pueden permanecer en el campo aislado de la teoría, sino que han de entrar forzosamente en la vía de realizaciones y prácticas de mejoras.

Es aquí donde la Economía tiene forzosamente que teñirse de moral. Por de pronto el hombre de negocios no es un economista teórico sino practiquísimo en cuanto que mejor que nadie sabe aplicar teorías y conocer realidades de su propia experiencia y situación, para deducir de ellas la cuantía de su ganancia. El hombre de negocios, es en el caso, economista que vive la vida práctica de la ciencia y de la realidad circundante, y en la que presenta, en orden a su feliz solución, sus propios casos y negocios. Y como todo acto humano, es, por fuerza, moral o inmoral; como de todo acto económico se puede preguntar si es justo o injusto; tropieza con la moral de la que no puede desentenderse un solo momento un hombre de negocios. De un contrato cualquiera, de una compra-venta, de un préstamo, de un interés se puede preguntar inmediatamente si es justo o injusto. Y no sólo eso, sino que no puede prescindirse un solo momento ni de la pregunta ni de la contestación. Metida queda pues la economía en el mundo de la Moral de la cual no puede salirse, mientras no vuelva a remontarse a los principios matemáticos, pero desentendiéndose totalmente de la vida real individualizada en escuelas y sistemas.

Beneméritos fueron de esta dirección moral de la economía dos grandes profesores economistas italianos: José Toniolo, profesor de la Universidad de Pisa, y actualmente Francisco Vito profesor de la de Milán. En América hemos tenido el gusto de contemplar la obra económica del Dr. Chamorro que se orienta perfectamente desde sus primeras páginas en esta situación, y expone en sus obras, la doctrina sana, ciertamente por muy pocos hoy defendida. El espejismo de las palabras "ciencia" y "teoría" ciega a no pocos, que no saben desentenderse de los lazos sofisticos de la argumentación semikantiana cuya síntesis hemos refutado más arriba.

Conviene añadir unas palabras sobre ciertos teóricos —algunos de gran valor— que, cultivando junto al campo de la Economía el campo afín de la Política social —restringen demasiadamente la Política social por una parte, y caen en el error censurado por otra. Restringen

excesivamente el campo de la política social porque lo meten en las vallas de la pura política económica —de la cual forzosamente tiene que salir, admitiendo en su seno muchas otras cosas referentes a cultura y a ciencia de otro orden diverso del puramente económico.

Pero sucede además que proviniendo en general dichos escritores del campo de la Economía pura, se plantean en sus elucubraciones el problema del “debe” y del “puede” (del “soll” y del “muss”, como dicen los alemanes) como dos cuestiones totalmente distintas, de las que a la primera, según ellos, el político social no debe responder. Debe prescindir de ella, pues pertenece a otro orden.

Error enorme. Porque una cosa es que no pertenezca al campo de la política social estricta el problema del “debe” y otra que el político-social no deba reconocerlo y estimarlo, o directamente por sí, o indirectamente por los moralistas. pues de otro modo se expone a introducir en el campo de la política social cuestiones que carecen de base, y por consiguiente inadmisibles.

Se habla por ejemplo, de la cuestión de redistribución de rentas, cuestión muy sabrosa para los modernos político-sociales; pero ante ella hay que plantear, se tome, de donde se tome la cuestión previa, si tal redistribución es lícita y en qué fundamentos se apoya. Hablar de ella sin saber si cabe o no en el campo moral, es hablar de absurdos aéreos sin base real.

Entre los más célebres autores modernos que así operan cabe citar por su importancia al actual Presidente de la República italiana, el Prof. Luigi Einaudi, que acaba de publicar sus *Lezioni di Política sociale* (colección de escritos un tanto dispares quizá, pero interesantes siempre). Su teoría es la de “medios” y de “fines”, y en ella se balancea continuamente. El político-social no habla según él sino de medios: redistribución de rentas, clases de impuestos, propiedades sociales etc., sin mirar si sus últimas finalidades viven en la esfera de lo posible y de lo lícito humano. Y ¿cómo pueden alabarse los medios si se ignoran sus fines y se desconoce su posibilidad y su licitud?

En España apareció hace muy poco tiempo aún, otra obra análoga —Política social— del Profesor Manuel de Torres, sabio economista y ferviente católico, pero que tropieza en la misma piedra.

Vuelve a renacer aquí el confucionismo

que entre los economistas se nota con respecto a las repercusiones de su ciencia con la Moral. Es posible que la sólida fundamentación de esta última no sea conocida por el economista, pues a otros capítulos de ciencia se refiere, pero en la vida práctica habrá de reconocerlos y mantenerlos si quiere dar valor a sus conclusiones. Ni deja de ser curioso que a menudo manteniéndose estas ideas equivocadas, no se tiene reparo en aceptar una amoralidad kantiana cuando se quiere rechazar todo contacto entre los fines y los medios.

Urge una más honda compenetración entre economistas y sociólogos en primer lugar, como urge así mismo, una revisión del concepto de política social, hecha de acuerdo entre los sabios de varios campos, como urge también una desaparición de estas confusiones que redundan en mal de todos.

El Pontífice Pío XI, habló con su claridad acostumbrada acerca de este asunto: “Es cierto, dijo, que la Economía y la Moral tienen cada cual en su esfera particular sus principios propios, pero es un error afirmar que el orden económico y moral están tan separados, y tan ajenos son entre sí que aquel no depende para nada de éste. Las leyes llamadas económicas, fundadas en la naturaleza misma de las cosas y en las aptitudes del cuerpo humano y del alma, pueden fijarnos los fines que en este orden económico quedan fuera de la actividad humana, y cuáles por el contrario pueden conseguirse, y con qué medios... Una misma ley moral es la que nos obliga a buscar derechamente en el conjunto de nuestras acciones el fin supremo y último, y en los diferentes dominios en que se reparte nuestra actividad de los fines particulares... que Dios le ha señalado... Si fielmente guardamos la ley moral, los fines peculiares que se proponen en la vida económica, ya individuales, ya sociales, entrarán convenientemente en él dentro del orden universal de los fines; y nosotros, subiendo por ellos como por grados, conseguiremos el fin último de todas las cosas que es Dios. Bien sumo e inexhausto para Si y para nosotros.” (*Quadragesimo anno*, n. 14).

La cita pontificia es un poco larga pero resume fielmente el concepto del artículo.

Joaquín Azpiazu, S. J.

Caracas, diciembre de 1950.